

BIBLIOTECA



Anónimo. Arcángel San Miguel, siglo XVIII. Casa Museo Santo Domingo, Antigua

América en los libros

La verdad de las mentiras, Mario Vargas Llosa, Madrid, Alfaguara, 2002, 408 pp.

Podríamos decir que el impulso de disfrutar con este libro es muy tentador porque reúne y discute lecturas que nunca nos han fallado, que hemos empezado a tomar como imprescindibles y que albergan en sus estratos más íntimos nuevos significados y la capacidad de que éstos germinen con el tiempo. Pese a circular por un campo de fuerzas de tal dinamismo, Vargas Llosa se esfuerza por imponer orden en una jurisdicción –la del lector– que admite la arbitrariedad, el capricho y la controversia. Y de algún modo, su primer y más difícil mérito es otorgar mayor puntuación a títulos que no necesitan pretextos para figurar en cualquier biblioteca. Sin entorpecer cláusulas ni razones privadas, ésa es la idea que cada página expresa en esta colección de ensayos, editada originalmente en 1990 y ahora disponible con diez nuevos artículos y no pocas enmiendas en aquellos que integraron la primera tirada. Ligados por su fecha de impresión y no por consanguinidad estilística, todos los relatos y novelas por los que el autor toma partido aparecieron en el siglo XX. Después de todo, muchos interlocutores de Vargas Llosa pre-

ferirán remitirse a un capítulo tan lozano de la historia literaria, pródigo y asiduamente confuso. Además, en esta esfera narrativa, el carácter del entusiasmo y las heridas puede comprenderse en relación con singularidades históricas muy recientes. También aquí resulta posible contextualizar el equívoco de la supuesta *mentira* literaria –precisamente el que da título al libro–, estudiando en contraposición a ese relato histórico en el cual no escasean los engaños y las exageraciones, y que en las sociedades cerradas acaba por impregnarse de ficción. De ahí que el autor observe cómo, en rigor, los fraudes de la literatura narrativa sirven para enunciar «verdades profundas e inquietantes que sólo de esta manera sesgada ven la luz». Y dado que las novelas mienten y no pueden hacer otra cosa, habrá que proteger un oculto prestigio: el de esa verdad que únicamente puede manifestarse «encubierta, disfrazada de lo que no es».

En el fondo, dicha constatación guía todo el plan de la obra. Si bien se mira, no es difícil compartir la divisa del tratadista, y es que las mentiras de la ficción nunca son gratuitas, pues llenan las insuficiencias de la vida, le sirven de sucedáneo pasajero, representan experiencias identificables con ella y además permiten apreciar loa aza-

res de la libertad. Otros informes lo vienen señalando desde hace tiempo, pero es probable que éste difunda mejor ese punto de vista tan saludable, sobre todo entre quienes no acostumbran a hojear ensayos de orden literario. De igual manera, habrá quienes, gracias a este libro, emprendan un fructífero repaso de *El corazón de la tinieblas*, *La muerte en Venecia* o *Dublineses*, cuya maravilla principal vemos de nuevo confirmada.

Además, para consolar a cuantos presienten el declive de la lectura, culmina el recorrido un texto sobre la relación de la obra literaria con la vida de su auditorio, en el cual se confirma que aquella, a diferencia de la ciencia y de la técnica, fue y continuará siendo un denominador común del tráfago humano, idóneo para serenar las aflicciones y fomentar esa sensibilidad crítica que nos hace más aptos para resistir la desdicha.

En el bosque del espejo. Ensayos sobre las palabras y el mundo, Alberto Manguel, versión española de Marcelo Cohen, Alianza Editorial, Madrid, 2001, 290 pp.

Por el hecho de ser un instrumento cognoscitivo que permite la comprensión —siempre aproximada, tentativa— de nuestra realidad sensible, la literatura figura como una múlti-

ple necesidad, en cuanto en ella se subsume una abstracción del universo y de los hechos que en éste alcanzamos a intuir. En dicha dependencia, la lectura se gradúa como un oficio y también como un proceso metamórfico, pues el leyente debe descifrar lo escrito por otro, admitir su equilibrio y, una vez aceptado que la literatura tiene esa consistencia de lo real, darle altura y alcance —esto es, impulso ilusorio— a lo leído.

De ello no hay duda: el cosmos se puede imaginar a través de los libros, ya cada lector sitúa los límites de sí mismo en los azares de su biblioteca. En el caso concreto de Alberto Manguel se podrá decir que esos azares dibujan el tema recurrente que atraviesa su obra, y que él mismo describe aludiendo a una expresión acuñada por Henry James, la *figura en el tapiz*, acá identificable con el modo en que la lectura se relaciona con el mundo, a veces tan engañoso y tornadizo como pueda serlo la ficción más dilatada. Por las cercanías de este pensamiento, ya explicó Lezama Lima por qué *Don Quijote* y la *Dorotea* son consecuencias de vivir la literatura, o acaso —era deber suyo— de literaturizar la vida.

En esta línea, la tarea del autor argentino-canadiense es asimilable a la de un lector que profundiza su palabra en la cuidadosa continuidad de estudios y placeres, en la ocasión que le brinda cada página, aun en el caso de haberla repasado previa-

mente. Con razón señala que los libros se vuelven diferentes cada vez que los leemos, y reitera que todas las lecturas verdaderas son subversivas, esto es, van a contrapelo. Quizá por ello Manguel busca la penetración de su análisis en detalles originales, excitantes, ingeniosos, vistos con sosiego y amenidad. Resulta así que construye un itinerario heterogéneo pero enlazado en lo substancial de su pensar. Detalla, por ejemplo, los sinsabores amorosos de Borges, quien «hubiera deseado una reunión sentimental sencilla, sin complicaciones, pero el destino lo encaminó hacia relaciones que parecían urdidas por Henry James». Con igual perspectiva, sugiere las virtudes por que serán recordados el Che, Cortázar, Vargas Llosa, Cynthia Ozick o Chesterton, y en todos ellos advierte la secuencia de cambios y contrapuntos –la metamorfosis, no necesariamente biológica– que asimismo simboliza la historia de Eros y Psique, tomada como metáfora de más vastos alcances, pues tanto al leer como al hacer el amor «deberíamos perdernos en el otro, en el cual nos transformamos: el lector en escritor y éste en lector a su vez».

Al decir de Manguel, tanto el acto erótico como el acto de leer tendrían que ser anónimos y, sin embargo, queda explicado cómo le sientan bien al cambio del milenio imágenes discordantes, que hablan del fin del libro del tiempo: «Lectura automatizada que no necesita lectores;

el acto de leer en manos de anacrónicos chiflados que consideran los libros como espacios para el diálogo; libros transformados en recuerdos que se transportan hasta que la mente cede y el espíritu flaquea».

Con todo, si bien el texto añade notas de pensamiento en torno al proceso editorial, cuyos filtros e intervenciones sobre cada manuscrito se van multiplicando –es la escala de matices que parece afirmar el mercado–, esto no inhibe a su autor de fijar un rasgo ético: «Se trate de combatir ratas o dictadores, en su papel de espías de Dios los escritores pueden suscitar indómitas formas de justicia». Acá bastaría con añadir, hegelianamente, que lo decisivo es cómo ese hábito de lo ético acierta a convertirse en una segunda naturaleza.

El enigma argentino (descifrado para españoles), Horacio Vázquez-Rial, Barcelona, Ediciones B, 2002, 262 pp.

El ensayo de Horacio Vázquez-Rial (Buenos Aires, 1947) es, según veremos, una excelente aproximación a esa realidad argentina que hoy nutre las cabeceras periodísticas y las conversaciones privadas. Una realidad desgraciada, en donde cumple investigar los gérmenes de la ruina. Toda conjetura es lícita,